



## “El catequista se fía de Dios y pone en Él su seguridad”

*¡Ay de los que se fían de Sión(...)  
Acostados en lechos de marfil; comen, beben, cantan, se divierten  
y no se preocupan por los problemas de los demás.  
(Amós 6, 1.4)*

Son duras estas palabras del profeta Amós, pero nos advierten de un peligro que todos corremos. ¿Qué es lo que denuncia este mensaje de Dios, lo que pone ante los ojos de sus contemporáneos y también ante los nuestros hoy? El riesgo de apoltronarse, de la comodidad, de la mundanidad de la vida y en el corazón, de concentrarnos en nuestro bienestar. Es la misma experiencia de rico del Evangelio, vestido con ropa lujosas y banqueteando cada día en abundancia; esto era importante para él. ¿Y el pobre que estaba en su puerta y no tenía que comer? No era asunto suyo, no tenía que ver con él. Si las cosas, el dinero, lo mundano se convierte en el centro de la vida, nos aferramos, se apoderan de nosotros, perdemos nuestra propia identidad como hombres. Fíjense que el rico del Evangelio no tiene nombre, es simplemente un rico. Las cosas, lo que posee, son su rostro, no tiene otro.

Pero intentemos preguntarnos:

¿Por qué sucede esto? ¿Cómo es posible que los hombres, tal vez también nosotros, caigamos en el peligro de encerrarnos, de poner nuestra seguridad en las cosas, que al final nos roban el rostro, nuestro rostro humano? Esto sucede cuando perdemos la memoria de Dios. “¡Ay de los que se fían de Sión!” , decía el profeta. Si la falta de memoria de Dios, todo queda rebajado, todo queda en el yo, en mi bienestar. La vida, el mundo, los demás , pierden la consistencia, ya no cuentan nada, todo se reduce a una sola dimensión: el tener. Si perdemos la memoria de Dios, también la consistencia, también nosotros nos vaciamos perdemos nuestro rostro como el del Evangelio. Quien corre en pos de nada, él mismo se convierte en nada, dice otro gran profeta, Jeremías (Jr 2,5). Estamos hechos a imagen y semejanza de las cosas, de los ídolos.

EL CATEQUI:

Entonces, mirándoles a ustedes, me pregunto:

¿Quién es el catequista? Es el que custodia y alimenta la memoria de Dios; la custodia en sí mismo y sabe despertarla en los demás. Qué bello es esto: hacer memoria de Dios, como la Virgen María que, ante la obra maravillosa de Dios en su vida, no piensa en el honor, el prestigio, la riqueza, no se cierra en sí mismo. Por el contrario, tras recibir el anuncio del Ángel y haber concebido al hijo de Dios, ¿Qué es lo que hace? Se pone en camino, va donde su anciana pariente Isabel, también ella encinta, para ayudarla; y al encontrarse con ella, su primer gesto es hacer memoria del obrar de Dios, de la fidelidad de Dios en su vida, en la historia: “Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque ha mirado la humildad de su esclava...su misericordia llaga a sus fieles de generación en generación”. María tiene memoria de Dios.

En este cántico de María está también la memoria de su historia personal, la historia de Dios con ella, su propia experiencia de fe. Y así es para cada uno de nosotros, para todo cristiano: la fe contiene precisamente la memoria de la historia de Dios con nosotros, la memoria del encuentro con Dios, que es lo primero en moverse, que crea y salva, que nos transforma; la fe es memoria de su Palabra que inflama el corazón, sus obras de salvación con las que nos da la vida, nos purifica, nos cura, nos alimenta. El catequista es precisamente un cristiano que pone esta memoria al servicio del anuncio; no para exhibirse, no para hablar de sí mismo, sino para hablar de Dios, de su amor y su fidelidad. Hablar y transmitir todo lo que Dios ha revelado, es decir, la doctrina en su totalidad, sin quitar ni añadir nada.

San Pablo recomienda a su discípulo y colaborador Timoteo sobre todo una cosa: Acuérdate, de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, a quien anuncio y por el que sufro. Pero el Apóstol puede decir esto porque él es el primero de acordarse de Cristo, que lo llamó cuando era un perseguidor de los cristianos, lo conquistó y transformo en su gracia.

El catequista pues, es un cristiano que lleva consigo la memoria de Dios, se deja guiar por la memoria de Dios, se deja guiar por la memoria de Dios en toda su vida, y la sabe despertar en el corazón de otros. Esto requiere esfuerzo. Compromete toda la vida. El mismo catecismo, ¿Qué es sino memoria de Dios, memoria de su actuar en la historia, de su haberse hecho cercano a nosotros en Cristo, presente en su Palabra, en los sacramentos, en su Iglesia, en su amor? Queridos catequistas, les pregunto ¿Somos nosotros memoria de Dios? ¿Somos nosotros verdaderamente como centinelas que despiertan en los demás la memoria de Dios, que inflama el corazón?

¡Ay de los que se fían de Sión, dice el profeta. ¿Qué camino se ha de seguir para no ser superficiales, como los que ponen su confianza en sí mismo y en las cosas, sino hombres y mujeres de la memoria de Dios? En la segunda Lectura, San Pablo, dirigiéndose de nuevo a Timoteo, da algunas indicaciones que pueden marcar también el camino del catequista nuestro camino: Tender a la justicia, a la piedad, a la fe, a la caridad

El catequista es un hombre de la memoria de Dios si tiene una relación constante y vital con él y con el prójimo; si es hombre de fe, se fía verdaderamente de Dios y pone en él su seguridad; si es hombre de caridad, de su amor, que ve a todos como hermano; si es hombre de hipomóné de paciencia, de perseverancia, que sabe hacer frente las dificultades, las pruebas y los fracaso, con serenidad y esperanza en el Señor; si es hombre amable, capaz de comprensión y misericordia.

Pidamos al Señor que todos seamos hombres y mujeres que custodian y alimentan la memoria de Dios en la propia vida y la saben despertaren el corazón de los demás.  
Amén